AÑO II. MADRID, 1 DE JUNIO DE 1922. NÚM. 8.

HESPERIA

REVISTA TEOSÓFICA Y POLIGRÁFICA

Director: MARIO ROSO DE LUNA Y BOVER
Administradora: Srta. SARA ROSO DE LUNA Y ROMÁN

Redacción y Administración: CALLE DEL BUEN SUCESO, núm. 18 duplicado.

«Satyat nasti paro Dharma». — La religión más elevada es la Verdad. (Lema del Maharajá de Benarés.)

SUMARIO

LA "VICTORIA REGIA" (1)

(Para el doctor *Robert Lehmann-Nitsche.)*

En el decenario madrileño del finado sabio Arturo Soria y Mata, *La Ciudad Lineal,* apareció no ha mucho un artículo del culto catedrático doctor Vidal y Careta, dedicado a la *Victoria Regia,* la gran ninfeácea que añade su prodigio vegetal a la maravilla de ciertos ríos tropicales...

Loable es, aunque no de extrañar, en el profesor de Paleontología Es-

(1) Honramos nuestras columnas con este hermoso artículo del doctor don V. Díaz Pérez, Director del Archivo Nacional de Asunción del Paraguay, teosófo ilustre de primera hora, director un tiempo de la extinguida revista *Sophia* y uno de los traductores al castellano de *La Doctrina Secreta.*

tratigráfica doctor Vidal, su interés científico hacia nuestro *Abati-yrupé* sobre el que no conocemos estudio especial alguno en el Río de la Plata, por donde desfilaron, empero, numerosos botánicos de nota, desde los infortunados Bonpland y Munck von Rosenskiold, hasta los Chodat y los Hassler...

Destácase singularmente la *Victoria Regia* en la familia de las ninfeáceas, no obstante que en ella agrupó la Naturaleza las más bellas creaciones de la interesante y misteriosa flora de las aguas. Divinizadas por las religiones, idealizadas por los filósofos, cantadas por los poetas y estilizadas o representadas por el arte, hallamos entre estas plantas los *nelumbos*, y a la cabeza, el *Loto sagrado* de Oriente, cuya flor, emergiendo de las aguas del Nilo o del Ganges para abrir su cáliz azul o blanco a los primeros rayos del Sol, simbolizó, entre hindos y egipcios, el renacer eterno de las almas en su anhelo de Luz... Ahí mismo entre las ninfeáceas, cuyo elemento es el agua límpida y tranquila—el mundo adormecido de las nymphas helénicas—encontramos el blanco *nenuphar*, mágico y antiafrodisiaco... Entre estas plantas acuáticas, aunque bautizada en otra familia, sorprende también al investigador la *Vallisneria*, cuyas nupcias impresionantes describe Maeterlinck... A ellas, en suma, pertenece nuestra *Victoria Regia*, ornato majestuoso de los remansos fluviales americanos.

Interesante en todo esta planta, corrobora con su ejemplo aquel fenómeno que la humedad opera especialmente sobre la foliación: nacida aquélla en el seno de grandes masas de agua, engendra también las hojas más grandes que se conocen. Pero en cambio contradice otras normas de la vida vegetal, al parecer constantes:

«En un medio húmedo—dice Varigini *(La Naturaleza y la Vida)*—la *Onomis spinosa* no forma espinas, como el Agracejo y el Acebo. Por el contrario, en un ambiente seco, plantas no espinosas las adquieren. En las regiones secas del Egipto, la rosa común da hojas espinosas. En el seno de las aguas, donde nace y muere la *Victoria Regia*, toda ella, incluso el reverso de la pesada hoja que descansa en la linfa, está—contra el anterior aserto—armada de formidables aguijones. ¡Ama la imponente masa acuática de los ríos amazónicos o paraguayos, pero elige en ellos los remansos tranquilos! O bien emerge de algún profundo lago extraordinario, como el *Nuña* del Perú, cuyas aguas son «negras como la tinta» y «no reflejan ni el color del cielo, ni la luz del Sol...»

Cuando se contempla este sér vegetal, de aspecto extraordinario, ocurre pensar si en realidad estamos ante un coetáneo nuestro o ante alguna milagrosa supervivencia de la flora gigante primitiva. Sus flores, que, a ve-

ces, semejan frutos, y sus hojas, carnosas y flotantes, evocan la vegetación insólita de los inmensos aguarales legamosos donde convivieron los monstruos prehistóricos y explican el que Candolle enlazara la geografía botánica y la paleontología vegetal en una línea ininterrumpida de vida. Acaso la *Victoria Regia*, como el Baobab africano, o el Sequoia de California, corresponde a una flora desaparecida en edades pretéritas, con su fauna, con sus continentes mismos, Lemurias y Atlántidas, cuya posibilidad la ciencia tímidamente comienza hoy a sospechar. Sin obscurecer el intrincado problema de la mutabilidad o inmutabilidad de las especies (teniendo en cuenta que podría ser una evolución vegetal, si tan lenta viene a resultar en último análisis la humana), la visión de esta prodigiosa entidad acuática nos sugiere, repetimos, la realidad de aquellos continentes de las tradiciones arcaicas, «más grandes que el Asia y el África juntas», donde habitaron los gigantes descritos por Hesiodo, y los monstruos de la fábula... Eminentemente suramericana, tiene esta planta uno de sus centros de vida en la desembocadura del oceánico Amazonas, en cuya cuenca hidrográfica «cabría con holgura todo el continente europeo». En ella y en el curso de su afluente el Madeira, se halla la variedad de pétalos blancos, que es la más conocida. En la red laberíntica de «canales» que los viajeros describen, adentrándose en el corazón de la selva, aparece la variedad de pétalo azul. Denomínanse estos canales *ygarapés* en habla guarani-tupí (¿de *ygara*, canoa y *tapé*, caminos?), o sea «caminos de canoa»..., *caminos* entre las flotantes praderas de camalotales, semejantes a las que conocemos en determinados parajes del caudaloso río Paraguay.

Y sucede que, a veces, la entrada de estos *ygarapés* queda obstruída por las enormes hojas de la *Victoria Regia*, las que, a la manera de «inmensas bandejas chinas, redondas y de *dos metros* de diámetro», se extienden, sirviendo en ocasiones de descanso a grandes aves y otros animales, bajo los que ni se inclinan, ¡pues podrían soportar «el peso de un niño en su cuna»!

«... Con ayuda de un sable—dice el viajero Marcoy, en su relato de la expedición al Nuña—, llegué a cortar una flor y un botón, separándoles de sus robustos pedúnculos erizados de aguijones de ocho centímetros de longitud... La hoja, perfectamente lisa por la cara superior, aparecía dividida por la inferior en multitud de compartimientos o casillas bastante regulares, cuyos tabiques laterales, erizados de púas, tenían una pulgada de relieve... En el fondo de nuestra piragua el limbo de esta hoja la recubría casi por completo... Tenía un peso de 13 libras y media. Su circunferencia era de 24 pies, 9 pulgadas y 3 líneas. La flor, que tenía 4 pies y 2

pulgadas de circunferencia y cuyos pétalos medían una longitud de 9 pulgadas, pesó 3 libras y media, y 2 libras y cuarto el capullo...»

. . . .

Respetando cuanto nos enseñan los escasos botánicos que estudiaron la planta, y remitiendo a ellos a quienes deseen conocer las peculiaridades de ésta, hemos de detenernos, empero, en una por la cual pudiera hermanarse nuestra ninfeácea, en cierto sentido, con la *Vallisneria spiralis* de que hablara Maeterlink en su *Inteligencia de las flores.*

Conocida es la página de éste sobre la interesante hidrocarícea. No lo es tanto—por haberse olvidado—la de Castel en su ingenuo poema, antaño célebre, dedicado a *Las Plantas*, cuando describía la impresionante flor del Ebro y del Ródano.

Este acto de «voluntad» vegetal, descrito por el autor de *La Sabiduría y el Destino*, es algo inolvidable:

«Toda la existencia de la pequeña planta—dice Maeterlink—transcurre en el fondo del agua, en una especie de ensueño, hasta la hora nupcial, cuando aspira a una vida nueva. Entonces la flor femenina desenvuelve lentamente la larga espiral de su pedúnculo, sube, emerge, se extiende y se abre sobre la superficie del pantano. De un lecho vecino, la flor masculina, que la atisba a través del agua asoleada, asciende a su vez, llena de esperanza, hacia aquélla, que ondula, que le aguarda y le llama a un mágico mundo. Empero, cuando llega a mitad del camino, siéntese bruscamente detenida... Su tallo, la fuente misma de la vida, es demasiado corto; ¡jamás llegaría a la región de la luz, única donde podría efectuarse la unión nupcial de los estambres y el pistilo!

»¿Habrá en la Naturaleza error o prueba más cruel? Imaginaos el drama de este anhelo: lo inaccesible que casi se alcanza; la fatalidad transparente; la imposibilidad sin obstáculo visible...

»Sería semejante drama insoluble, como nuestro propio drama sobre la tierra; mas he aquí que surge un elemento inesperado. ¿Acaso tendría la flor el presentimiento de su decepción? No lo sabemos; pero lo cierto es que dentro del corazón lleva una burbuja de aire, como se lleva en el alma un anhelo desesperado de liberación. Diríase que vacila un instante; luego, con un esfuerzo grandioso—el más sobrenatural que conozco en los anales de los insectos y de las flores—, para alcanzar la felicidad, rompe deliberadamente el lazo que le une a la existencia y se lanza en pos de su ideal. Bruscamente se separa de su pedúnculo, y con un incomparable impulso de ventura, en medio de arranques de alegría, sus pétalos vienen a romper la superficie de las aguas, y, heridos de muerte, pero ra-

diantes y liberados, flotan un instante al lado de sus «prometidas» indiferentes... La unión se consuma, después de lo cual los sacrificados perecen arrastrados de un lado a otro, mientras que la esposa, madre ya, cierra su corola donde aún palpitan los efluvios amantes, arrolla su espiral y desciende de nuevo a las profundidades para allí madurar el beso heroico.»

Ahora bien; esta facultad de «voluntad» vegetal de la *Vallisneria*, tan genialmente descrita por Maeterlink, ¿no la posee en cierto modo la *Victoria Regia* sin haber encontrado aún su poeta ni su filósofo? Son tan escasos los elementos de estudio de que disponemos, que apenas osamos indicarlo. Pero hay en ella algo parecido. «En la época de la anthesis—dice textualmente Parodi—el pedúnculo se eleva hasta llevar la flor arriba de la superficie del agua para que el polen pueda ejercer su misteriosa acción fecundante. Después de hacer gala de sus numerosos y bien matizados pétalos, el pedúnculo se encorva y recoge de nuevo hasta el fondo del agua, donde madura el voluminoso fruto...»

Hay que estudiar, cultivar y favorecer la vida de esta maravillosa existencia vegetal. Hay que desentrañar su «personalidad», como se ha hecho con la *mimosa*, que «siente»; con el *demodio oscilante*, que «se mueve»; con la *dionea*, que «caza», o la *balsámica*, que «se irrita». Sin llegar al sentimentalismo de Rousseau, que al contemplar determinadas plantas dicen que lloraba, hay que admitir con Macé *(Vida de un tallo de Yerba)* que es un indicio de incivilización la indiferencia hacia ellas, máxime cuando empezamos a sospechar, ante el misterio del mundo vegetal, que el gran Linneo no fué definitivo afirmando simplemente su *vegetabilia crescunt et vivunt...*

No alcanzó, en verdad, la *Victoria Regia* la nombradía extraordinaria de otras plantas sobre las que detuvo repetidas veces su atención ya el investigador, ya el literato y el artista. Descrita sin especial detenimiento en las obras técnicas generales, no existe sobre ella otra monografía, que sepamos, sino la, en lengua inglesa, de John Fisk Allen, hoy rarísima, costosa y no traducida, y cuyo principal mérito radica acaso en sus magníficas ilustraciones, láminas suntuosas, en color, de admirable exactitud.

La dicha monografía, editada a todo lujo, es un gran infolio en el que se reproduce en grandes cartulinas iluminadas la planta en sus distintos aspectos y se inserta un pequeño historial, una parte descriptiva, y otra consagrada al cultivo y aclimatación. Ésta es indudablemente la más importante.

Aunque conocida de antiguo en el Paraguay, como lo indica su nombre guaraní, la misma designación científica de la *Victoria* demuestra su

no remota incorporación a los anales botánicos en los días de la Reina Victoria de Inglaterra. Descubierta hacia 1800, por el gran Hoenke, al servicio de España, en el Mamoré, tributario de Amazonas, casi nunca va unido su nombre al del Paraguay, como debiera. Se creyó en un principio que sólo se encontraba en la desembocadura de Amazonas. Más tarde fué hallándose en otras regiones, en las Guayanas, en el Perú, en Centro América, en el Chaco, en Corrientes, en el Paraguay, donde, repetimos, era de antiguo conocida bajo su denominación guaraní, habiendo sido estudiada por Bonpland, el infortunado sueco Munck von Rosenskiold, D'Orbigny (que le dió el nombre de *Victoria Cruziana)*, Parodi y otros. Fué estudiada allende fronteras, entre otros botánicos, por Poppig (1827 a 1832), en Chile y el Perú; por Schomburgk (1837), en la Guyana inglesa; por Bridges (1845), en Bolivia; por Spruce (1849), en el Amazonas, y sobre todo por J. Fisk Allen, en la monografía citada. La denominación guaraní de la *Victoria Regia* fué generalmente la de *Abati yrupé* o «maíz del cedazo del agua». *Ihrupé*, simplemente, la denomina el profesor Bertoni en sus *Plantas usuales del Paraguay*. *Abati-yú* o «maíz con espinas» la llama Parodi.

«*Abati-yú* significa «maíz con espinas», refiriéndose a los aguijones que cubren profusamente la planta. Crece cerca de las riberas donde las corrientes son apenas sensibles. Tanto por su forma como por sus dimensiones, es la verdadera maravilla vegetal de aquellas regiones. La he observado en *Ybiray* y en Castillo, cerca de Asunción. Una sola planta ocupa en su pleno desarrollo más de cien metros cuadrados de superficie. Las flores tienen hasta dos decímetros de diámetro, cuatro sépalos, muchos pétalos albos y que se reducen gradualmente a estambres, o viceversa. Su receptáculo cóncavo, en forma de copa, sostiene numerosos estambres con muchos capelos reunidos en un ovario único. Las semillas son pisiformes, con el episperma arrugado y de color pajizo obscuro, envolviendo una fécula muy blanca y pura.

«Las hojas, que flotan sobre la superficie del agua, tienen forma orbicular peltadas, ¡con uno y hasta dos metros de diámetro! Por lo que se les llama también *Irupé*, esto es, «cesto chato» o «*cedazo*». El zumo que se obtiene por expresión de las flores es refrigerante, y se pretende que posee virtudes anafrodisiacas, no comprobadas. Su fécula, contenida en las semillas, es comestible, y de sabor agradable.

»Si la *Victoria* es admirada por sus gigantescas dimensiones no lo es menos por la circunstancia de que en la época de la anthesis el pedúnculo se eleva hasta llevar la flor arriba de la superficie del agua para que el po-

len pueda ejercer su misteriosa función fecundante. Después de hacer gala de sus numerosos y bien matizados pétalos, el pedúnculo se encorva y recoge de nuevo hasta el fondo del agua, donde madura el voluminoso fruto, cuyos alvéolos, llenos de semillas feculentas, le hacen dar el nombre de *maíz del agua*.

»Al atribuir caracteres específicos a la *Victoria* que crece en el Paraguay, distinguiéndola con el nombre de *V. Cruziana*, he puesto un punto suspensivo de duda, porque me parece idéntica a la *Victoria Amazónica*, no siendo *negro* el episperma de las semillas como se indica (Walper's, *Annales*, t. IV, pág. 153), ni del tamaño de la drupa del *Celtis australis*, que en el Paraguay es como un garbanzo. El color del episperma en las semillas que yo he observado era amarillo rojizo algo moreno, y el tamaño de éstas apenas el doble de un grano de pimienta negra. Sin embargo, paréceme recordar que la semilla era más bien globosa que no elipsoide.»

Posee especial interés esta descripción, sea o no original de Parodi—a quien, como es sabido, se acusa de haber usufructuado los materiales del malogrado Munck—, porque parece haber sido hecha ante la observación de ejemplares paraguayos, lo que es importante, dado que éstos son los menos conocidos.

Pero, ¿sería posible obtener—se pregunta a sí mismo el profesor español—la *Victoria Regia* mediante cultivo, en regiones apartadas de su *habitat?* Puede lograrse. El autor de la monografía antes citada detiénese especialmente sobre el punto y refiere cómo fué lograda en climas fríos. El doctor Vidal asegura por su parte lo mismo, y afirma que fué cultivada en Londres y en el *Jardín Botánico* de Colonia, aunque no cabe duda que a costa de grandes esfuerzos, cuidados y gastos. El *sostenimiento* de la planta *viva* representaba 15 francos diarios. Y nada podríamos decir de su *obtención*, que exige grandes y profundas piletas, a temperatura determinada, y delicadísimos cuidados para conservar la semilla en envases especiales sumergidos hasta la germinación, cuando se depositan en grandes tinas dentro de las piletas...

Todos estos trabajos y otros que se omiten—propios únicamente de alguna gran institución científica—fueron, no obstante, realizados en la capital de España por el célebre y fastuoso Duque de Osuna, que se permitió el singular capricho de obtener una *Victoria Regia* ¡en pleno Madrid!, en su palacio de las Vistillas, donde hoy se levanta el Seminario... Fué tal excentricidad digna de aquel aristócrata y «Grande de España» que dejó una leyenda en Europa, de aquel Téllez Girón, duodécimo Duque de Osuna, quien, para los bailes que daba en San Petersburgo, se ha-

cía traer las flores de Valencia en trenes expresos, con estufa; que servía a los postres frutas de América en la misma planta en que habían nacido; que tenía simultáneamente casa puesta con toda su servidumbre en Londres, París y San Petersburgo, sin contar el palacio de Madrid, donde estaba su célebre Biblioteca de 40.000 volúmenes, entre ellos multitud de incunables, y algunos ejemplares valuados en 100.000 francos... En esta Biblioteca vió el Dr. Martín Spuch el «*Libro compuesto por el Hermano Pedro de Montenegro de la C. de J. En las Misiones del Paraguay. Año 1711*», referente a las plantas paraguayas, del que envió las notas y listas que figuran en la obra de Parodi...

Dr. Viriato Díaz-Pérez.

Del espíritu de Hamlet.

He visto el *Hamlet* interpretado por Walter Hamden, y todos los sedimentos densos y trascendentales de lo nórdico han circundado mis recuerdos abrumados por una atmósfera de olvido ante el materialismo presente y sumidos de estupor en un rincón de las profundidades ancestrales. He querido desentrañarme de la realidad actual, y gracias a la vaguedad persistente del ensueño que me preside, he conseguido en parte desligarme de cuatro conceptos que envenenan las fuentes puras de lo instintivo, de la intuición esplendente del espíritu. En primer lugar, la sensación vasta de la planicie de Elsenor en una noche cerrada y opulenta, en el dominio de lo horrible, antesala de lo velado y misterioso: mundo físico, antítesis de la luz banal, escenario de lo incomprensible humano, alma fecunda de la luz, entrañas del mundo y base de la génesis de la vida. Explanada de Elsenor, en donde solamente una estrella refulge como diciendo a las almas ansiosas en espera del acto gestador de la mascarada sublime que en la noche del espíritu sobran todas las miradas y basta el rayo interior de las tinieblas propias, único guía conductor de las vacilaciones humanas. Explanada de Elsenor, preñada de vaticinios y de medrosos tacteos ante las sombras murales de un palacio que oculta los crímenes regios, como los ocultan siempre los silencios de todo lo vasto humano, engendrados por el hastío de lo grande y la dilatación de la opulencia que llevan al estatismo de lo absoluto negativo.

Comprenderéis cómo esta situación escénica es de por sí una clave suprema para deducir las almas que han de ocuparla; cómo esta explanada forma parte integrante del subsuelo de la tragedia; cómo de este mundo físico se trasciende al otro plano inocente de la vida humana, sencilla por su incomprensión de las cosas, infantil por sus temores y llena de estupor ante las novedades extraordinarias.

Los soldados amigos de Hamlet han visto: ha descendido sobre ellos la visión sobrenatural, preparan a su principe para un rumbo nuevo y tormentoso de su vida. Se han confundido, pues, tres planos de la existencia: el escenario real de la vida, las almas de los hombres y la visión sobrenatural y aterradora. Cuando Hamlet entra en acción, lo aterrador ha tomado la dirección de estas esferas y envuelve a todos en su globo concéntrico, preñado de los relámpagos del espíritu como en un caos de la conciencia humana.

La estrella palpita aún en la lejanía. Mas ¿qué estrella podrá ser esta que que alumbraba la sombra de Hamlet en la noche danesa? Desde luego, no era una estrella de naturaleza hórrida, no era una Hiada, ni tampoco una estrella de fuego o una estrella de oro o una estrella inexpresiva como tantas perdidas en el plafon de la noche. Permitidme que use de los ensueños que la Historia ha cristalizado a través de los pueblos antiquísimos: era la estrella de madera, la estrella jupiterina, la estrella de la encina sagrada, estrella mayestática de la dignidad humana llevada a la exaltación de lo regio esplendente, del orgullo estático cristalizado en lo muelle de una existencia informe y grandiosa, plena de su delegación espiritual para regir a los mortales, deificada por éstos con todas las prerrogativas de un vértice matemático señalado en el infinito. Y esta estrella jupiterina llena del esplendor de la madera pulida, de la encina espiritual, alma y sostén de los dioses antiguos, era el imán que engarzaba en la noche sin nombre del principe Hamlet su espíritu con el espíritu de los cielos; y era ella también la que suspendia nuestra imaginación a los alaridos del pobre príncipe, entablando en nuesta emoción, aterida y desdoblada por los elementos de lo sublime, nuestro mundo de expectación con el mundo del espectáculo.

Un mundo nuevo existirá en que habrá de estar rodeado en los cielos por un circulo de estrellas matemáticamente circunferenciales: de uno, de dos o más circulos de esta índole. En el nuestro no hay circulo de estrellas que nos rodee en este orden geométrico; es una agrupación disforme, y por esto nuestros sentimientos tienen la mayor parte de las veces la expresión de la histeria; es menester ver formas de agrupaciones parciales para comprenderle, porque el conjunto es amorfo con la nota de lo caprichoso y fantástico. ¿Cómo vamos, pues, a razonarlo si las directrices de la imaginación descienden de lo alto trazando laberintos sobre el cerebro? Pero el corazón es un guia sublime; su plano interior está cuadriculado como el cuadrante celeste, como el cuadrante de lo infinito, y él suple por sí solo para manifestarnos un sendero de luz inalterable a todos los ensueños y a todas las normas.

Os daréis perfecta cuenta de la gradación majestuosa que se desenvuelve en esta primera escena de la tragedia: gradación que es de por sí un proceso de la formación del mundo. Nosotros somos el resultado de este mundo o un punto en la cadena de este mundo, más bien: el punto medio. Sobre nosotros pesa el mundo de lo sobrenatural del espíritu, porque nuestro propio espíritu es rudimentario y forma el subsuelo de los espíritus superiores. Os explica-

réis esta gradación sublime que encaja en las definiciones de un orden natural. En primer lugar, el lecho natural de la tragedia, la grandiosidad escénica del lugar, la obra muerta del espectáculo, pero sin la cual el espectáculo es imposible; después la conversación sencilla, corriente y naturalisima de las palabras de consigna militar de los soldados, que ya tenian, antes que su principe, la visión solemne dentro de sus propios ojos y de sus corazones, almas infantiles seducidas por la fe, no supersticiosa, sino por la fe experimental de sus pupilas deslumbradas y sencillas de expresión y veracidad ante lo atónito del espectáculo. Posteriormente, la noticia seca, la *noticia de amigos* que sacude al notificado de su mundo de realidad absurda, y, por último, lo palpable, lo desconocido en forma elocuente y correcta como un fenómeno natural concedido únicamente a los privilegiados, a los desdoblados del reino humano.

Todo lo que viene después se considera como una repetición del fenómeno, y últimamente ya, recuerdo del fenómeno nada más, apagamiento de la llama sobrenatural y sus derivaciones: la corrupción del equilibrio de las potencias del hombre y la muerte en derredor circundándolo todo. Hamlet está después de la primera escena con un pie en esta tierra, haciendo la comedia, y con el otro ascendiendo gradualmente a un mundo superior, de cuyo recuerdo vive. Es más aún. No asciende gradualmente más que en sus actos, porque de alma y de corazón está ya metido en ese mundo. Pero su comedia le liga las plantas aqui todavia y le envuelve en un velo de realidad. Los que no están aquí ni allí son los que le rodean, incluso sus intimos amigos de secreto. En éstos no se ha operado la tragedia. De su secreto no se ha deducido nada trascendente para sus vidas intimas. Y es porque carecen de vida personal: son simples soldados, servidores de lo ficticio, servidores de la locura humana; son las aguas muertas arrastradas por la corriente de un motor político y en los cuales la escena sublime irá olvidándose amortiguadamente para brillar quizá en las agonias de sus vidas como un recuerdo de pesadilla.

Pero decidme ahora, echando vuestra mirada a lo más profundo de vuestras almas y con el análisis de todas las filosofias elaboradas con sinceridad por los siglos, si vale la pena de prestar atención a esta farsa, si farsa fuera en verdad; decidme de una vez, con un si o un no, si es posible que la Humanidad inteligente y la otra que no comprende, prestarian atención al Arte cuando este Arte altera las normas del orden natural y cognoscible; si es posible que se den gusto los cerebros en excitar su epilepsia embriagadora si las fuentes de lo sobrenatural no tuvieran y ejercieran de hecho y de derecho su imperio sobre los hombres y aun también—¿por qué no decirlo?—sobre los animales; si, creyéndonos superiores sobre la tierra, podemos detener nuestra atención sobre fenómenos que sólo son casos aislados, relatados siempre y no vistos. No, no podemos prescindir de un orden superior. Estamos encadenados dentro de la gran esfera de cristal; los encerrados en su foco central, pueden ver; los que están cada vez más próximos a la periferia no podrán ver nunca. Como existe una fisica de lo material existe una fisica de lo espiritual. Don

Quijote vió este mundo de Hamlet, lo vió intelectivamente, y por intelectivo, excesivamente intelectivo, creía verlo con sus ojos físicos; y era en estos instantes cuando solamente se hallaba en el mundo de la locura. Porque era un loco intelectivo, murió cuerdo.

Hamlet no podía morir retractándose como Don Quijote; tenía que morir con la visión de la sombra en sus entrañas; no cabía ya en este mundo; pertenecía a otro, al mundo de su conocimiento nuevo. Su venganza, más que un mandato del padre, era una consecuencia imperativa de la conciencia, porque sus dudas sobre tantos crímenes la habían precedido; su corazón y su idea estaban en la esfera de cristal, y la esfera de cristal encendió su corazón y le dió la visión del mundo maravilloso y trascendente. Todas las figuras trágicas que le rodeaban estaban tocadas por los reflejos de su esfera de cristal, que marchitaba sus conciencias decrépitas por la madurez del pecado.

Y en la historia de Hamlet, nebulosa como una bruma escandinava, brilla la estrella inmarcesible de madera, de la madera que tiene sus raíces en esta pesada tierra y su tallo corpulento y sus hojas frondosas en el espacio embalsamado por las auras, abiertas a todas las espiritualidades.

PRIMITIVO R. SANJURJO.
Profesor of the Cornell University. Ithaca-New-York (EE. UU.)

RELIGIONES PRIMITIVAS

El culto ofítico en España.

II

El ciclo del Santo Grial, el Caballero Persebal y las gestas carolingias.—En trabajo que publicó *La Ilustración Española y Americana*, y que reprodujeron algunos diarios, nos ocupamos de las relaciones que con el país cantábrico tenían los principales ciclos caballerescos. Anotamos la abundancia de la onomástica del ciclo de Amadís y de los Palmerines, en Vizcaya y en Cantabria, y expusimos nuestro parecer acerca de las relaciones del Santo Grial con leyendas que, por otro lado, han perpetuado historiadores eminentes.

Existe un paralelo entre el dragón a quien se despedaza en las inmediaciones del castillo de los Palmerines, y aquel dragón o sierpe a quien da muerte en las inmediaciones de la antigua fortaleza de Arceniega un caballero de la Casa de Osorio de que nos habla Lope García de Salazar, en sus obras. La leyenda del dragón vencido por el caballero, está extendida por todo el mundo, y tiene su especial representación en la vieja Can-

tabria y, como era necesario, estables los señores Ofitas, en los valles y la marina del antiguo territorio de los idubedas y caldeos (1).

El caballero Persebal o Parsifal de la mitología alemana dió nombre a los primogénitos de las tribus *ofitas* u *ophitas*. Era el recuerdo del vencimiento sobre el dragón o serpiente. Sobre la localización en la ciudad de Salvatierra de Alava de la leyenda de Mont Salvato, y sobre la importancia de la sierra Salvada, adonde llegaron huyendo caballeros de los montes pirenaicos, se ha escrito abundante para dar pábulo a estudios de interés (2).

Lo que no puede negarse es la existencia en Cantabria del culto a la serpiente, y la ulterior superstición de ello se deriva.

La serpiente del monasterio de Siones.—Uno de los antiguos territorios de Cantabria es el Valle de Mena, con título de Real, país donde adquirió relieve la arquitectura románica. Están acordes los últimos estudios en señalar a ciertas figuras de dicho género de construcción, como símbolo de cultos pretéritos. El monasterio o abadía tipo puro es el de Santa María de Siones, fundado por la Casa de los Díaz de Mena (3).

Una de las más nobles figuras es la de un sér humano que devora a

---

(1) Lope García de Salazar, *Libro de las Buenas Andanzas e Fortunas*, por Maximiliano Camarón, en Madrid, en folio mayor, con el facsímil de los seis últimos libros. Manuscritos autorizados en la Biblioteca Nacional, sección de manuscritos, y el códice Gótico, de Cristóbal de Mieres, en la Real Academia de la Historia. El prólogo que puso Floranes a esta obra y que se hallaba inédito, lo imprimió por vez primera la Diputación de Guipúzcoa al publicar la obra de Lope de Isasti; más tarde lo ha reproducido, hace tres años (1919), Segundo de Ispizua, en su Biblioteca de Documentos inéditos del Vasco, faltando de un modo involuntario al título de la publicación, pues, desde 1850, circulaba impreso el notable prólogo de Floranes, que utilizó Trueba, sin citarlo, como debiera.

La importancia de Lope García de Salazar está cada día reconociéndose con mayor brillantez. Entre los que le han citado y comentado está el maestro y fundador de los estudios de filología románica en España D. Ramón Menéndez Pidal, quien, en la *Revista de Filología*, ha recordado, ponderando el texto de Salazar, aquel pasaje en que habla éste del caserío navarro de Urmeneta, que tanta relación pudo tener con algunos episodios de la rota de Roncesvalles.

(2) Se supone que uno de los caballeros príncipes ophitas fué el llamado Conde Don Vela o Vigila, velador de armas o custodio de tesoros, a quien se le veneraba por santo en su sepulcro de Santa María de Respaldiza, y donde se halla su momia y cuerpo incorrupto, de quien se ha tratado extensamente por historiadores tan reputados como Amiax, *Historia de Nuestra Señora de Cadex;* Lanuza, en las *Historias eclesiásticas y seculares de Aragón;* Sandoval, López de Haro, y otros, entre ellos Valbuena, en su *Bernardo*, cuando cantó:

Dos negros lobos en plateado escudo
hará don Vela de Aragón Infante
parlera fama que en lenguaje mudo
el invicto valor de Ayala cante.

(3) Sobre Siones se ha publicado la monografía «Lux» por el Sr. Torcida, de Bilbao, artista de Cantabria, digno de todo encomio por su labor de investigación en arte y en paisaje. Lleva dicha monografía preciosas láminas de Siones.—Bilbao. F. de Sabino Ruiz. 1918.

una colosal serpiente cuyas anillas se enroscan hacia la cola en el busto del tragante, que abre una desmesurada fauce.

Representaciones como ésta son frecuentes en lo románico.

El hijo del rey Dom Dyonis y la literatura celta y portuguesa.—Días pasados, al oír en diversas conferencias al docto profesor portugués Leonardo Coimbra disertar acerca de los vínculos entre Portugal y España, recordamos entre muchas cosas el libro del Conde Don Pedro Barcelos, hijo del rey de Portugal Dom Dyonis, verdadera tabla mosaica de nuestras comunes gestas, y en donde, como dijo el ministro de Portugal, se advierte el origen leonés de los lusitanos. En este libro poco estudiado y sólo tachado de fabuloso por ciertos seudohistoriadores, verdadera plaga de la historia patria que niegan a lo genealógico el puesto de preeminencia que le corresponde en los estudios de investigación, se narra la vida a través de los siglos medios de las más importantes familias españolas que alcanzaron tronos y fundaron Estados (1).

La genealogía de la Casa de Vizcaya, que comienza según la leyenda en Don Zuria o Fromm, tiene su comento en el *Nobiliario* portugués-vizcaíno, y allí se narra cómo una infanta de Escocia, que llegó a Mundaca, tuvo cohabitación con un fauno, endriago o misterioso sér que era culebro, y habitante poderoso de aquella costa. Esta es la palabra del *Nobiliario*, que la emplea también García de Salazar, no en las *Bienandanzas*, sino en la *Crónica de Vizcaya*, que imprimió Barahona y ha reimpreso Guerra en la *Revista de Heráldica y Genealogía*.

Recogió esta leyenda y origen ofítico de los Señores de Vizcaya el insigne Herculano, a quien aún no se ha tratado por la Historia española con toda la admiración a que es acreedor (2).

Otro de los manuscritos que recoge la leyenda del Conde Barcelos, que hemos visto, pasó Salazar a las obras de Herculano y a los comenta-

---

(1) Conozco dos ejemplares manuscritos en portugués de la obra *Nobiliario del Conde Dom Pedro Barcelos, Hijo del Rey Dom Dyonis;* los dos están en la Universidad de Salamanca, Sección de M. S., y pertenecieron al sabio genealogista y jesuíta P. Abarca, que, en unión de otro jesuíta, también docto y compatriota mío, nacido en Valmaseda, Encartaciones de Vizcaya, el ilustre filósofo Pedro Hurtado de la Puente Mendoza Dalmasedano, renovó los estudios genealógicos en Salamanca y su Universidad durante el siglo XVII.

Hay una edición traducida al castellano, que es la que se suele citar, pero los manuscritos de Abarca eran hasta ahora desconocidos. Antes de hoy, en mi obra *Fuero de las M N y L Encartaciones*, hacía alusión a estos ejemplares del P. Abarca. (Véase esta publicación. Bilbao, 1916. Imp. de la Santa Casa de Misericordia.)

(2) Alejandro Herculano recogió las noticias del *Nobiliario* del Conde Barcelos en diversas leyendas, entre ellas la que corre con el nombre de la dama de pie de cabra, haciendo verdaderos bosquejos históricos literarios de la vida en Vizcaya en los albores de la Edad Media.

Indudablemente que Herculano se dió exacta cuenta en su doble y envidiable carácter de historiador y poeta de la importancia del *Nobiliario* Barcelos para el ideal ibérico, que siempre es de actualidad para los que sienten alto de los destinos de España; pero este atisbo de Herculano no ha sido comentado como debiera, y no recordamos que Oliveira Martins, tan acertado en otras cosas, consagrara uno de sus claros y líricos párrafos a decorar el carácter de las producciones de Herculano en su sentido luso-castellano, o mejor luso-leonés.

rios de diversos historiadores y es la llamada *Crónica de Ibarguen*, sobre la cual emití, a petición de la Junta de Cultura de la Diputación de Vizcaya, largo informe de su contenido, haciendo examen de sus cuadernos y partes, sin detenerme a desflorar las muchas cuestiones de importancia para la Historia a que da lugar, y que otros, con afán prematuro de sapiencia, han volteado con sus plumas y sus gestos haciendo desprecio de lo que yo, sin tanta farándula, he trazado (1).

Me refiero al Julio Urquijo, conocido por sus publicaciones acerca del vascuence y por sus relaciones con sabios que se han ocupado de este importante asunto, persona que ha cultivado el campo puro de la filología, o mejor de la lingüística, y dentro de ésta de la paremología y bibliografía,

---

(1) Poco debiera añadir a lo que dije en el citado informe, que en su día verá la imprenta menos presuroso y más ecuánime que otros, y sí sólo me conviene afirmar que dichos cuadernos, cosidos y desordenados, ni son de una mano ni siquiera de uno o de dos autores; que hubo un intento de ordenar una historia para la cual se acumularon materiales distintos, y que de tal historia se hicieron nada más que algunos pliegos, aquellos que están escritos con letra cortesana y procesal, pero a los cuales se añadieron legajos góticos y de distintos escribanos de la época procesal degenerada del siglo XVII, y que más tarde en el XVIII y aun a principios del XIX se trajeron a aquel enciclopédico mamotreto cuantos papeles de toda índole y aun impresos se hallaron en desvanes y bibliotecas del país y aun extrañas; que el *deux ex machina* de todo aquello fué Iturriza, y que Ibarguen llevó en el XVI relaciones de linajes, contratos de escrituras escribaniles y otros papeles menos importantes. Que fué el historiador Cachopin autor de trabajos de historia del pais y de linajes, quien se ocupó de asuntos de Vizcaya, y que sus palabras estaban en el cosido y mamotreto de Ibarguen lo habia dicho ya mucha gente, y particularmente yo, cuando escribi mi obra, que hoy no se cita porque es la que ha dado origen a todo este movimiento tan apasionado, titulada *La personalidad vasca en la literatura poética*. Data la obra del año 1914. Y nada tiene de particular que yo ensalzara la labor de Cachopin y adujese sus testimonios, pues familiarizado desde muy joven con las obras de Iturriza conocía perfectamente el texto de éste sobre Cachopin, lo mismo que lo que dijera Peña Galdocha y otros.

A raiz de publicar mi obrita citada apareció un folleto de Urquijo, rico pariente mío, en que me insultaba y maltrataba con hosco donaire; se fijaba en mi interpretación sobre el canto de Lelo, cuyo estribillo yo lo afirmaba como hoy auténtico, y a mí (cuyas tareas y libros históricos tanto cauce han abierto en el pais y poseedor de una biblioteca heredada y acrecentada por mi labor, poseedor, digo, de una biblioteca que perteneció a hombres ilustres del pais, que se preocuparon de su historia y cultura en otros siglos, en que tantos otros laboraban anónimamente y rasgueaban en las escribanías) me amonestaba a seguir las tareas novelísticas. No, Urquijo, no; para pasar sobre mis escritos se precisa mayor caudal y mejor buena fe. No en el tono que debiera haber contestado aquella falta de atención y de afecto familiar, sino en el tono de caballero, publiqué la contestación razonada y llena de respeto, alabanzas y mesura, y aunque de momento no tuve respuesta (y aunque estaba escrito aquél en tono muy desconsiderado y acre, tanto que hubo quien disuadió al señor Urquijo de su publicación), encontró éste ocasión de lanzar sobre mi otro folleto ridículo por el motivo que lo ha circulado de modo clandestino, repartiéndolo dañinamente entre amigos míos, y en el cual no quiero acordarme de los insultos y faltas elementales de no digo de parentesco, sino de compañerismo y tareas, con que pretendía desvirtuar una narración que tracé sin otra pretensión que la de fomentar el amor por las cosas del país.

pero que en materias históricas ha producido muy escasamente y con criterio limitado.

La crónica de Cachopin, incorporada a los papeles de Ibarguen, ha merecido que otros señores la informasen en un sentido particularista, sin examinar, como yo lo hice, todo su contenido, entre ellos el señor Lezama Leguizamon, que hace una decidida defensa de Ibarguen, Cachopin y demás historiadores, que yo había defendido en mis obritas de los años 1914 y siguientes. El Informe de Lezama Leguizamon, en el cual se examina el canto de Lelo (1), favorece mi tesis acerca del mismo y está conforme con mi criterio sobre los historiadores cántabros Cachopin, Peña, Zaldocha y otros; esto ha provocado la pluma de Urquijo, que en la página 95 de la citada labor, *Revista Internacional* (véase la nota), vuelve a motejarme interpretando erróneamente textos respetables para toda buena metodología histórica. De mi amor al sano rigorismo crítico en Historia dan prueba mis obras de carácter histórico, que me han llevado a la Academia como correspondiente en un país en donde los filólogos han distraído a la opinión de modo lamentable y han conseguido gran protección con relación al abandono que sufre la Historia. Pero ni el señor Urquijo, ni otros lingüistas de su tono, podrán echar abajo todo el contenido que extraje de buenas fuentes, sobre cuya producción tendrán que pasar quienes en adelante escriban, unas veces expresa, otras tácitamente, pero siempre orientados por quien ha visto la Historia de su país no de un modo limitado y mezquino, sino en el plano de lo universal, mirando la evolución histórica de Vizcaya y demás regiones nórdicas en el consorcio con los demás pueblos (2).

---

(1) No comprendo cómo el señor Lezama Leguizamón, vocal como yo de la Junta de Cultura y tan conocedor de las cosas vascas, encargado de dar informe sobre el Manuscrito que nos ocupa, no haya tenido expresamente en cuenta mi trabajo sobre el canto de Lelo y los dos folletos que escribí sobre el particular, siendo así que ellos fueron los que removieron el asunto, y que en ellos se defiende la seriedad de los historiadores que él cita y cuya sombra austera tanto exalta e inquieta a Urquijo.

Es el caso que no aparece por ninguna parte del Informe la cita de mi obra fundamental en este trabajo en que se ataca a Urquijo por sostener opiniones que yo combatí. Pero el resultado ha sido que ante los eruditos haya reaparecido mi trabajo con nueva fuerza, y que Urquijo ha visto abrirse paso mi opinión con la defensa que hice de Cachopin, hoy reforzada por Leguizamon, a quien no puedo negar sus cualidades de erudito, serio y bibliófilo importante.

Esta cualidad de ocultarse en las obras los historiadores vizcaínos parece antigua, y la pudiéramos titular extraño proceder de algunos escritores, como titula Urquijo un párrafo de su trabajo aparecido en la *Revista Internacional de Estudios Vascos*, pág. 90, órgano de la Sociedad de Estudios Vascos, creada en Oñate con motivo del I Congreso que yo ideé, impulsé y organicé hasta que los separatistas enseñaron la hilaza, como lo prueban la correspondencia cruzada entre mí y don Angel Apiz, actual secretario de la Sociedad en los años 1915 y 1916, y mucho más las conversaciones que celebré con dicho amigo en Salamanca sobre el asunto, sin tener en cuenta mi informe organizando y planteando la Junta de Cultura de la Diputación de Vizcaya, bajo los buenos deseos y entonces sanos de don Ramón de la Sota, mi querido amigo, presidente de la Corporación. Dicha Junta de Cultura fué la que removió el Congreso e inició la creación de la Sociedad con móviles algo distintos por cierto de los actuales.

(2) Orientada la Historia vascongada dentro de un sentido apologético a

Se precisa, pues, compulsar todas las fuentes en que aparece la leyenda del señor de Vizcaya y hacer otras investigaciones, entre ellas el estudio de *Los Patriarcas ophitas en la Heráldica vascongada y cántabra.* Escrutando los armoriales del país, fijándonos en los pétreos escudos, llegaremos a la conclusión de que nuestra raza cantábrica y aun la vascona, guardaron cultos remotos y sagrados transmitidos de padres a hijos como señales de salvación y de poderío.

Fernando de la Quadra Salcedo,
Académico C. de la Real de la Historia.

MOVIMIENTO TEOSÓFICO

A las seis de la tarde del dia 8 de mayo, en el local de la Rama de Madrid, y organizada por la S. T. E., se celebró en Madrid una velada en conmemoración del trigésimo aniversario de la desencarnación de la Maestra H. P. B., fiesta del Loto Blanco. A dicho acto, presidido por D. Máximo Maestre, asistieron todos los miembros de las dos Ramas «Hesperia» y «Madrid» existentes en esta capital, resultando el acto altamente teosófico por la gran armonia y entusiasmo que en él reinó, de cuyo detalle y programa no damos, por falta de espacio, la debida referencia.

Eugenio Vicente Olivares,
Secretario de la Rama «Hesperia».

---

lo Mañé y Flaquer, o de un sentido polemístico y propagandista a lo Novia de Salcedo o Arana, vine yo con mis producciones, educado en las mejores aulas españolas de Salamanca y la Universidad Central, instruido en la amistad de hombres maestros como Menéndez Pidal y Federico de Onis, el reverendo Padre Cuervo y el historiador Astrain Altamira, mi profesor de Derecho americano y otros, a incorporar la Historia vascongada a las mejores direcciones españolas, poniendo en contacto a mi pais con las corrientes estudiosas del mundo mientras los de la otra generación se mecian en hamacas filológicas del vascuence, sin conocer las lenguas indoeuropeas ni las clásicas, o redactaban prólogos y conferencias en juegos florales de ganaderia, como aquel estudio sobre el maiz debido a la pluma del guipuzcoano Carmelo de Echegaray, que ostenta el cronista de Vizcaya, siendo asi que tenemos en Vizcaya buenos historiadores vizcainos de la mejor cepa. También el señor Echegaray pertenece a los que califica Urquijo de extraño proceder de algunos escritores, consistiendo el proceder en callarse las fuentes y hacer un juego doble. En 1913 publiqué yo varios artículos hablando de pintores vascongados, entre ellos de Baltasar de Echabe, y más adelante, en 1918, di a conocer por primera vez en el pais una de sus mejores obras, reproduciéndola en grabado en mi volumen *Ensayos sobre el Renacimiento vasco;* pues bien, el citado don Carmelo, dos años después y en unas conferencias organizadas por la Junta de Cultura, en cuya fundación, como es notorio, tomé tanta parte, habló de Echabe, haciendo ver que era él quien habia exhumado al artista y silenciando mis trabajos sobre arte vasco y artistas de mi pais. Y no objete el citado cronista que no conocia mi obra, pues la *Revista Internacional* se ocupó de ella, aunque sin darle importancia, pero si citando los grabados que doy de personajes vascos y obras de arte y metiéndose con una simple errata acerca de un escritor inglés, que aparecia mal puesto en el indice de nombres. *Ne quid nimis.*

Imprenta Helénica. Pasaje de la Alhambra, 3, Madrid.